

Numéro 1-2, création

Herejes, fragmento de novela*

Leonardo Padura

Citation recommandée : Padura, Leonardo. "*Herejes, fragmento*". *Les Ateliers du SAL* 1-2 (2012): 355-363.

* Fragmento inédito de la novela *Herejes* que será publicada próximamente por la editorial Tusquets.

—¿Mario Conde?

Apenas le llegó la pregunta del mastodonte con coleta, Conde comenzó a sacar sus cuentas: hacía años no le pegaba los tarros a nadie, sus negocios de libros habían sido todo lo limpios que podían ser los negocios, nada más le debía dinero a Yoyi... y hacía demasiado tiempo había dejado de ser policía para que alguien viniese ahora con una vendetta. Cuando sumó a sus prevenciones la entonación más ilusionada que agresiva de la pregunta, y le agregó la expresión de la cara del hombre, estuvo un poco más seguro de que el desconocido, al menos, no parecía traer intenciones de matarlo o caerle a palos.

—Sí, dígame...

El hombre se había levantado de uno de los sillones viejos y mal pintados que el Conde tenía en el portal de su casa y que, pese a su lamentable estado, el ex policía había encadenado entre sí y luego a una columna, para dificultar la intención de que fuesen cambiados de lugar. En la penumbra, solo quebrada por la luminaria del alumbrado público —el último bombillo colocado por Conde en su portal había sido cambiado a otra lámpara ignota una noche en que, demasiado borracho para pensar en bombillos, había olvidado recogerlo— pudo hacer un primer retrato del desconocido. Se trataba de un hombre alto, unos seis pies, pasados los cuarenta años y también la cifra de kilogramos que le debían corresponder a su estructura. Llevaba el pelo, más bien escaso en la zona frontal, recogido en la nuca en forma de compensatoria coleta, y cuando Conde estuvo más próximo a él y logró distinguir la palidez rosada de la piel y la calidad de la ropa, formalmente casual, pudo estimar que se trataba de alguien procedente de allende los mares. Cualquiera de los siete mares.

—Mucho gusto, Elías Kaminsky —dijo el forastero, trató de sonreír, y extendió la mano derecha hacia el Conde.

Convencido por el calor y la suavidad de aquella manaza envolvente de que no se trataba de un posible agresor, el ex policía había puesto en marcha su herrumbriente computadora mental para tratar de imaginar la razón de que, casi a medianoche, un extranjero, sin duda desconocido, lo esperara en el oscuro portal de su casa. ¿Tenía razón el Yoyi y allí estaba, frente a él, un buscador de libros raros? Tenía pinta, concluyó y puso cara de desinteresado en cualquier negocio, como le recomendara la sabiduría mercantil del Palomo.

—¿Me dijo que su nombre es...? —Conde trató de empezar a aclararse la mente, por fortuna para él no demasiado enturbiada por el alcohol gracias al shock alimenticio propiciado por la vieja Josefina.

—Elías, Elías Kaminsky... Oiga, disculpe que lo haya esperado aquí... y a esta hora... mire... —el hombre, que se expresaba en un español muy neutro, intentó sonreír, al parecer embarazado

por la situación y decidió si lo más inteligente no resultaría poner de inmediato su mejor carta en la mesa—. Yo soy el amigo de su amigo Andrés, el médico, el que vive en Miami...

Con aquellas palabras las tensiones remanentes del Conde cedieron como por ensalmo. Tenía que ser un buscador de libros viejos enviado por su amigo. ¿Yoyi sabía algo y por eso estuvo haciéndose el de los presentimientos?

—Sí, ya, claro, algo me dijo... —mintió Conde, que desde hacía dos o tres meses no tenía comunicación alguna con Andrés.

—Menos mal. Bueno, su amigo le manda recuerdos y... —hurgó en el bolsillo también casual de su camisa (de Guess, logró identificarla Conde)— y le escribió esta carta.

Conde tomó el sobre. Hacía años no recibía una carta de Andrés y sintió impaciencia por leerla. Algún motivo extraordinario debía de haber empujado al amigo para que se hubiese sentado a escribir pues, como tratamiento profiláctico contra las acechanzas arteras de la nostalgia, desde que se radicara en Miami el médico había decidido mantener una relación cautelosa con un pasado demasiado entrañable y, por tanto, pernicioso para la mejor salud del presente. Solo dos veces al año quebraba el silencio y se revolcaba en la morriña: las noches del día del cumpleaños de Carlos y la del 31 de diciembre, cuando llamaba a la casa del Flaco, sabiendo que sus amigos estarían reunidos, tomando rones y facturando pérdidas, incluida la suya, concretada hacía ya veinte años cuando, como advertía el bolero, Andrés se fue para no volver.

Aunque sí había dicho adiós.

—Su amigo Andrés trabaja en el hogar geriátrico donde estuvieron mis padres varios años, hasta que murieron —volvió a hablar el hombre cuando vio cómo Conde doblaba el sobre y lo guardaba en su pequeño bolsillo—. Tuvo una relación especial con ellos. Mi madre, que murió hace unos meses...

—Lo siento.

—Gracias... Mi madre era cubana y mi padre polaco, pero vivió en Cuba veinte años, hasta que se fueron en 1958 —algo en la memoria más afectiva de Elías Kaminsky le provocó una leve sonrisa—. Aunque nada más vivió en Cuba esos veinte años, él decía que era judío por su origen, polaco-alemán por sus padres y su nacimiento, legalmente ciudadano norteamericano y, por todo lo demás, cubano. Porque en realidad era más cubano que otra cosa. Del partido de los comedores de frijoles negros y yuca con mojo, decía siempre...

—Entonces era mi colega... ¿Nos sentamos? —Conde indicó los sillones y, con una de sus llaves, abrió el candado que los unía como un matrimonio forzado a la convivencia, y luego procuró darles una posición más favorable para una conversación. La curiosidad por saber la razón de que aquel hombre lo buscara había borrado otra parte del desánimo que lo perseguía desde hacía semanas.

—Gracias —dijo Elías Kaminsky mientras se acomodaba—, pero no voy a molestarlo mucho, mire qué hora es...

—¿Y por qué vino a verme?

Kaminsky sacó una cajetilla de Camels y le ofreció uno a Conde, que lo rechazó con cortesía. Solo en caso de catástrofe nuclear o peligro de muerte se fumaba una de aquellas mierdas perfumadas y dulzonas. Conde, además de su filiación al Partido de los Comedores de Frijoles Negros, era un patriota nicotínico y lo demostró dándole fuego a uno de sus devastadores Criollos, negros, sin filtro.

—Supongo que Andrés le explica en la carta... Yo soy pintor, nací en Miami, y vivo ahora en Nueva York. Mis padres no soportaban el frío, y por eso tuve que dejarlos en Florida. Tenían un departamento en el hogar geriátrico donde conocieron a Andrés. A pesar del origen de ellos, es la primera vez que vengo a Cuba y... mire, la historia es un poco larga. ¿Me aceptaría que lo invitara a desayunar mañana en mi hotel y hablamos del tema? Andrés me dijo que usted era la mejor persona posible para ayudarme a saber algo de una historia relacionada con mis padres... Ah, por supuesto, yo le pagaría por su trabajo, no faltaba más...

Mientras Elías Kaminsky hablaba, Conde sintió cómo todas sus luces de alarma, hasta poco antes atenuadas, se calentaban una a una. Si Andrés se atrevía a enviarle a aquel hombre, que al parecer no buscaba libros raros, alguna razón de peso debía existir. Pero antes de tomarse un café con aquel desconocido, y mucho antes de decirle que no tenía tiempo ni ánimos para involucrarse en su historia, existían cosas que debía saber. Pero... ¿había dicho que le iba a pagar, no? ¿Cuánto? La inopia económica que lo perseguía en los últimos meses asimiló golosa la información. En cualquier caso, lo mejor, como siempre, era empezar por el principio.

—¿Me disculpa si leo la carta?

—Por supuesto. Yo estaría loco por leerla.

Conde sonrió. Abrió la puerta de su casa y lo primero que vio fue a Basura II, acostado en el sofá, justo en el único espacio que dejaban abierto varias pilas de libros. El perro, dormido y displicente, ni movió el rabo cuando Conde encendió la luz y rasgó el sobre.

"Miami, 2 de septiembre de 2007.

"Condenado:

"Falta mucho para la llamada de fin de año, pero esto no podía esperar. Sé por Dulcita, que regresó hace unos días de Cuba, que todos ustedes están bien, con menos pelos y hasta más gordos. El portador NO es mi amigo. CASI lo fueron sus padres, dos viejos superchéveres, sobre todo él, el polaco cubano. Este señor es pintor, vende bastante bien por lo que parece y heredó algunas

cosas (\$) de los padres. CREO que es buena gente. No como tú o como yo, pero más o menos.

"Lo que te va a pedir es complicado, no creo que ni tú lo puedas resolver, pero haz el intento, porque hasta yo estoy intrigado con esa historia. Además, es de las que te gustan, ya vas a ver.

"Por cierto, le dije que tú cobrabas cien dólares diarios por tu trabajo, más gastos. Eso lo aprendí en una novela de Chandler que me prestaste hace dos cojones de años. En la que había un tipo que hablaba como los personajes de Hemingway, ¿ya sabes cuál es?

"Todos mis abrazos para TODOS. Sé que la semana que viene es el cumpleaños del Conejo. Felicítalo de mi parte. Elías le lleva además un regalito mío y también unas medicinas que Jose debe tomar.

"Con amor y escualidez, tu hermano de SIEMPRE,

Andrés."

"P.S. Ah, dile a Elías que no puede dejar de contarte la historia de la foto de Orestes Miñoso...".

Conde no pudo evitar que los ojos se le humedecieran. Con los cansancios y frustraciones acumuladas, más aquel calor y la humedad del ambiente, a uno se le irritaban los ojos, se mintió sin pudor. En aquella carta, donde apenas decía nada, Andrés lo decía todo, con esos silencios y énfasis suyos, tipográficamente mayúsculos. El hecho de que se acordara del cumpleaños del Conejo varios días antes de la fecha, lo delataba: si no escribía era porque no quería ni podía, pues prefería no correr el riesgo de venirse abajo. Andrés, en la distancia física, estaba todavía demasiado cercano y, al parecer, lo estaría siempre. La tribu a la cual pertenecía desde hacía muchos años era inalienable, PER SAECULUM SECLORUM, con mayúsculas.

Dejó la carta sobre el difunto televisor ruso que no se decidía a tirar a la basura y, sintiendo el peso de la nostalgia añadida con alevosía al de sus frustraciones más desveladas y perseverantes, se dijo que lo mejor para resistir aquella inesperada conversación era sostenerla mojada en alcohol. Fue a la cocina y de la botella del ron perrero que había dejado en reserva, sirvió unas buenas porciones en sendos vasos. Solo entonces tuvo plena conciencia de su situación: ¿aquel hombre le pagaría cien dólares diarios por ayudarlo a saber algo? Casi sintió un vahído. En el mundo destartado y empobrecido en que Conde vivía, cien dólares era una fortuna. ¿Y si trabajaba cinco días? El vahído se hizo más fuerte y para controlarlo se dio un trago directamente del pico de la botella. Con los vasos en la mano y la mente desbocada de planes económicos regresó al portal.

—¿Se atreve? —le preguntó a Elías Kaminsky extendiéndole el vaso que el otro aceptó susurrando un gracias—. Es ron barato... el que yo tomo.

—No está mal —dijo el forastero luego de probarlo con cautela—. ¿Es haitiano? —preguntó con aires de catador y de inmediato extrajo otro Camel y le dio fuego.

Conde se dio un lingotazo largo y se hizo el que degustaba aquel mofuco devastador.

—Sí, debe ser haitiano... Bueno, si quiere hablamos mañana en su hotel y me cuenta los detalles... —comenzó Conde, tratando de ocultar su ansiedad por saber— pero dígame ahora qué es lo que usted cree que yo puedo ayudarlo a averiguar.

—Ya le dije, es una historia larga. Tiene mucho que ver con la vida de mi padre, Daniel Kaminsky... Para empezar, digamos que busco la pista de un cuadro, según todas las informaciones, un Rembrandt.

Conde no tuvo más remedio que sonreír. ¿Un Rembrandt, en Cuba? Años ha, cuando solía ser policía, la existencia de un Matisse lo había llevado a meterse en una dolorosa historia de pasión y odio. Y el Matisse había resultado ser más falso que el juramento de una puta... o de un policía¹. Pero la mención de un posible cuadro del maestro holandés era algo demasiado magnético para la curiosidad del Conde, cada vez más acelerada, quizás por la combustión de aquel ron tan horroroso que parecía haitiano y la promesa de un pago contundente.

—Así que un Rembrandt... ¿Cómo es esa historia y qué tiene que ver con su padre? —empujó al extraño y añadió argumentos para convencerlo—. A esta hora aquí casi no hay calor... y me queda el resto de la botella de ron.

Kaminsky vació su trago y le extendió el vaso a Conde.

—Ponga el ron en los gastos...

—Lo que voy a poner es un bombillo en la lámpara. Mejor si nos vemos bien las caras, ¿no cree?

Mientras buscaba el bombillo, una silla sobre la que encaramarse, colocaba el bulbo en el socket y por fin se hacía la luz, Conde estuvo pensando que, en realidad, él no tenía remedio. ¿Por qué coño alentaba a aquel hombre a contarle su relato filial si lo más probable era que no pudiera ayudarlo a encontrar nada? ¿Solo porque si aceptaba le iban a pagar? ¿A eso has llegado, Mario Conde?, se preguntó y prefirió, de momento, no hacer el intento de responderse.

Cuando volvió a su sillón, Elías Kaminsky sacó una fotografía del bolsillo prodigioso de su camisa casual y se la extendió al otro.

—La clave de todo puede ser esta foto.

1 || *Paisaje de otoño*, Tusquets Editores, 1998.

Se trataba de una copia reciente de una impresión antigua. El sepia original de la fotografía se había tornado gris, y se podían observar los bordes irregulares de la cartulina primigenia. En la estampa se veía una mujer, entre los veinte y los treinta años, ataviada con un vestido oscuro y sentada en una butaca de tela brocada y respaldo alto. Junto a la mujer, un niño, de unos cinco años, de pie, con una mano sobre el regazo de la señora, miraba hacia el objetivo. Por las ropas y los peinados Conde supuso que la imagen había sido tomada entre las décadas de 1920 y 1930. Ya advertido del tema, luego de observar a los personajes, Conde se concentró en un pequeño cuadro colgado tras ellos, por encima de una mesilla donde reposaba un jarrón con flores blancas. El cuadro tendría, tal vez, unos cuarenta por veinticinco centímetros, a juzgar por su relación con la cabeza de la mujer. Conde movió la cartulina, buscando la mejor iluminación para estudiar la figura enmarcada: se trataba del busto de un hombre, con el pelo abierto sobre el cráneo y caído hasta los hombros, y una barba rala y descuidada. Algo indefinible se trasmitía desde aquella imagen, sobre todo desde la mirada entre perdida y melancólica de los ojos del sujeto, y Conde se preguntó si se trataba del retrato de un hombre o de una representación de la figura de Cristo, bastante cercana a alguna que había debido ver en uno o más libros con reproducciones de pinturas de Rembrandt... ¿Un Cristo de Rembrandt en la casa de unos judíos?

—¿Este retrato es de Rembrandt? —preguntó, sin dejar de mirar la foto.

—La mujer es mi abuela, el niño es mi padre. Están en la casa donde vivieron en Cracovia... y la pintura ha sido autenticada como un Rembrandt. Se ve mejor con una lupa...

Del bolsillo casual salió ahora la lupa, con la cual Conde observó la reproducción, mientras preguntaba.

—¿Y qué tiene que ver ese Rembrandt con Cuba?

—Estuvo en Cuba. Luego salió de aquí. Y hace cuatro meses apareció en una casa de subastas de Londres para ser vendido... Salía al mercado con un precio base de cinco millones de dólares, pues más que una obra acabada parece haber sido algo así como un estudio, de los varios que hizo Rembrandt para sus grandes figuras de Cristo cuando estaba trabajando en una de sus versiones de *Peregrinos en Emaús*, la de 1648. ¿Usted sabe algo de ese tema?

Conde terminó su ron y observó otra vez la cartulina de la foto a través de la lupa, sin poder evitar la pregunta: ¿cuántos problemas de la vida de Rembrandt —bastante jodida según había leído— se hubieran podido resolver con aquellos cinco millones de dólares?

—Conozco poco... —admitió—. He visto láminas de ese cuadro... Pero si no recuerdo mal en los *Peregrinos* Cristo mira hacia arriba, ¿no?

—Así es... El caso es que esta cabeza de Cristo parece haber llegado a manos de la familia de mi padre en 1648, todo indica que en Cracovia. Pero mis abuelos, unos judíos que venían huyendo de los nazis, la trajeron a Cuba en 1939... Era como su seguro de vida. Y el cuadro llegó a Cuba. Pero ellos no. Ahora está muy claro que alguien se hizo con él... Y hace unos meses otra persona, tal vez creyendo que había llegado el momento, empezó a tratar de venderlo. Ese vendedor vive en Los Ángeles. Tiene un certificado de autenticación fechado en Berlín, en 1928, y otro de compra, autenticado por un notario, fechado aquí en La Habana, en 1940,... justo cuando mis abuelos y mi tía ya estaban en un campo de concentración en Holanda. Pero gracias a esta foto, que mi padre conservó toda la vida, yo he detenido la subasta. No le miento si le digo que no me interesa recuperar el cuadro por el valor que pueda tener, aunque no es poca cosa... Lo que sí quiero saber, y por eso estoy aquí, hablando con usted, es qué pasó con ese cuadro y con la persona que lo tenía acá en Cuba. No sé si a estas alturas será posible saber algo, pero quiero intentarlo... y para eso necesito su ayuda.

Conde había dejado de mirar la foto y observaba al recién llegado, atraído por sus palabras. ¿No le interesaban demasiado los cinco millones? Su mente, ya desbocada, había comenzado a buscar rutas para acercarse a aquella historia al parecer extraordinaria que le salía al paso. Pero, en aquel instante, no se le ocurría la menor idea: solo que necesitaba saber más.

—¿Y qué le contó su padre sobre la llegada de ese cuadro a Cuba?

—Sobre eso no me contó nada porque lo único que sabía era que sus padres lo traían en el Saint Louis.

—¿El barco famoso que llegó a La Habana cargado de judíos?

—Ese mismo... Sobre el cuadro, mi padre me habló mucho. Sobre la persona que lo tenía acá en Cuba, menos...

Conde sonrió. ¿El cansancio, el ron y su mal ánimo lo volvían más bruto o se trataba de su estado natural?

—La verdad, no entiendo muy bien... o no entiendo nada... —admitió mientras le devolvía la lupa a su interlocutor.

—Lo que quiero es que me ayude a buscar la verdad, para yo también poder entender... Mire, ahora mismo estoy agotado, y quisiera tener la mente clara para hablarle de esta historia. Pero para convencerlo de que me escuche mañana, si es que podemos vernos mañana, nada más quiero confiarle algo... Mis padres salieron de Cuba en 1958. No en el 59, ni en el 60, cuando se fueron de aquí casi todos los judíos y la gente que tenía plata, huyendo de lo que ellos sabían que sería un gobierno comunista. Estoy seguro de que esa salida de mis padres en 1958, que fue bastante precipitada, está muy relacionada con este cuadro de Rembrandt. Y desde que el cuadro volvió a aparecer para la subasta, más

que creer, estoy convencido de que esa relación de mi padre con el cuadro y su salida de Cuba en 1958 tienen una conexión que puede haber sido muy complicada...

—¿Por qué muy complicada? —preguntó Conde, ya persuadido de su anemia mental.

—Porque si pasó lo que pienso que pasó, quizás mi padre hizo algo muy grave.

Conde se sintió a punto de explotar. El tal Elías Kaminsky o era el peor contador de historias que jamás hubiese existido o era un comemierda con título y diploma. A pesar de su pintura, sus cien dólares diarios y su ropa casual.

—¿Me va a decir por fin qué fue lo que pasó y la verdad que le preocupa?

El mastodonte recuperó su vaso y bebió el fondo del ron servido por Conde. Miró a su interlocutor y al fin dijo:

—Es que no es fácil decir que uno piensa que su padre, al que siempre vio como eso, como un padre... puede haberle cortado el cuello a un hombre.

